

¿Cuál es el futuro de la Antropología Social?

J. Grigulevich *

La antropología sobrevivirá en el mundo cambiante si está de acuerdo con perecer, para renacer luego con un nuevo rostro.

Claude Lévi Strauss

La ciencia etnográfica no tuvo suerte con el nombre. A diferencia de las otras ciencias sociales, la etnografía se llama de distinto modo en diferentes países, al tiempo que su objeto y su materia dan pie para vivas discusiones y juicios contradictorios entre los especialistas.¹

En los Estados Unidos arraigó el término de "antropología cultural"; en Inglaterra, el de "antropología social".² En los últimos años, el segundo término va ganando más y más partidarios, tanto en los Estados Unidos, como en los países de la Europa

* Academia de Ciencias de la URSS, Ciencias sociales contemporáneas.

¹ La historia de esta cuestión y el punto de vista de los científicos soviéticos están expuestos en el libro de Y.V. Bromlei: *Etnos y etnografía*, Moscú, 1973, p. 178-213 (en ruso).

² Véase la crítica a la antropología cultural/social por los científicos soviéticos en las recopilaciones *La etnografía anglonorteamericana al servicio del imperialismo*, Moscú, 1951, y *La etnografía norteamericana contemporánea. Orientaciones teóricas y tendencias*, Moscú, 1963; y de Y.P. Avérkieva: "La etnografía y la antropología cultural/social en Occidente", *Soviétskaia Etnografía*, 1971, n. 5; "La etnografía de EE.UU. y el neocolonialismo", *Nóvaia y Novéishiaia Istoria*, 1972, n. 5; y "Sobre la actitud hacia el marxismo en la etnografía contemporánea de Occidente", *Investigaciones etnográficas en el extranjero. Ensayos críticos*, Moscú, 1973 (en ruso).

Occidental. Partiendo de ello, también nosotros usaremos el término de "antropología social" para designar la ciencia etnográfica occidental.

Mientras los representantes de otras ciencias veían en el antropólogo (aquí y en adelante se tratará del antropólogo social), según la metáfora del autor norteamericano C. Kluckhohn, al saqueador de sepulcros, al coleccionista de flechas indias que vive entre caníbales sucios,³ los propios antropólogos tienen más elevada opinión de sí mismos. Consideran que su ciencia es nada menos que "filosofía superior", llamada a explicar por qué el mundo en que vivimos es tal como es.⁴

Claude Lévi-Strauss opina que en los países anglosajones la antropología aspira al conocimiento global del hombre, y lo estudia en toda su espacialidad geográfica e histórica; tiende, además, a un conocimiento que pueda ser aplicado al desarrollo universal del hombre, desde los homínidos hasta los pueblos contemporáneos. La antropología, dice Lévi-Strauss, permite hacer deducciones —sean positivas o negativas—, que corresponden a todas las sociedades humanas, desde la gran ciudad moderna hasta la tribu melanesia.⁵

Como podrá persuadirse el lector, estas pretensiones de los antropólogos a una propia intelección filosófica y visión del hombre y la sociedad resultaron muy exageradas, si bien contribuyeron al éxito de la antropología social en los medios del *establishment* —clases dominantes de los países capitalistas desarrollados—, los cuales hallaron aplicación útil para sus fines, tanto a la propia antropología, como al antropologismo filosófico.

Precisamente al apoyo del *establishment* obedece el que la antropología social se convirtiera, después de la Segunda Guerra Mundial, en una ciencia en rápido ascenso, "en boga" y "necesaria". Goza de particular popularidad en los Estados Unidos. En los años de posguerra se quintuplicó el número de miembros de la Asociación Antropológica Americana (que reúne a los especialistas en antropología física y social), hasta llegar a varios miles de personas. Algunos, incluso, opinan que supera el total de científicos en esta especialidad de todos los demás países del mundo.

En los años de posguerra, en muchas grandes universidades

³ C. Kluckhohn: *Antropología*, México, 1949, p. 20.

⁴ M.J. Herskovits: *El hombre y sus obras*, México, 1964, p. 9.

⁵ Véase de C. Lévi-Strauss: *Antropología estructural*, La Habana, 1970, p. 319.

norteamericanas se fundaron cátedras de antropología social; comenzaron a aparecer decenas de revistas especializadas dedicadas a estas ciencias, entre ellas la prestigiosa revista *Current Anthropology*, que, en esencia, es el órgano internacional de los científicos en la materia.

Numerosas fundaciones privadas, tan abundantes en los Estados Unidos, financian generosamente las investigaciones de los antropólogos sociales en todos los confines del globo terrestre y coadyuvan a publicarlas. Hoy, gozan de los servicios de los antropólogos el Pentágono, el Departamento de Estado, la CIA y otros departamentos e instituciones del gobierno estadounidense. Recurren cada vez más a sus servicios también los grandes monopolios que funcionan en los países del llamado "tercer mundo".

La antropología social ha rebasado hace mucho el marco de la ciencia sobre los pueblos carentes de escritura. La antropología social moderna se dedica a las estructuras políticas y económicas, a las capas marginales, al modo de vida campesino y urbano, no sólo de los pueblos "atrasados", sino, asimismo, de las sociedades capitalistas altamente desarrolladas.

Sin embargo, este crecimiento impetuoso, este éxito, tiene también su reverso, sus sinsabores. En los últimos años, muchos antropólogos afirman que su ciencia está en estado de crisis. Lo prueban los títulos de informes y artículos. Por ejemplo, Lévi-Strauss publicó el artículo "La crisis de la antropología moderna";⁶ el antropólogo P. Worsley tituló su informe al VI Congreso de Sociólogos, celebrado en 1966, "El fin de la antropología"; G. D. Berreman publicó en 1968, en *Current Anthropology*, un artículo titulado "¿Está viva la antropología?" Podría citar muchos ejemplos similares.

No se trata de que en los Estados Unidos no haya demanda de antropólogos sociales ni de que mengüe el interés por sus investigaciones. Por el contrario, en este sentido todo marcha más que satisfactoriamente. La crisis atañe a los aspectos ideológicos de la antropología social. Se discute acaloradamente la actitud de los antropólogos hacia el destino de los pueblos, que son "objeto" de sus estudios, su actitud hacia el imperialismo, hacia el *establishment* y hacia los procesos revolucionarios. Los antropólogos se preguntan cada vez con mayor frecuencia qué intereses defienden: ¿los de los oprimidos o los de los opresores, los de los explotados o los de los explotadores? ¿Con quién están: con

⁶ C. Lévi-Strauss "La crise de l'anthropologie moderne", *El Correo de la Unesco*, 1961, n. 11.

las fuerzas del progreso social y la paz, o con los partidarios de la agresión, de la guerra fría, del anticomunismo y el neocolonialismo?

Estos problemas se debaten ampliamente en los últimos años en congresos, simposios y revistas especializados, en particular, en *Current Anthropology*.

En estas discusiones, ocupa un destacado lugar el problema de la actitud de los antropólogos hacia el colonialismo y la colaboración con las autoridades que practican una política neocolonialista imperialista.

Aunque las publicaciones norteamericanas suelen presentar al antropólogo como un personaje extravagante, inofensivo y estrafalario (según S. Tax es algo intermedio entre Einstein, dedicado al estudio de los secretos de la naturaleza, y un artista de circo),⁷ en realidad es un instrumento "útil" en la máquina de la opresión nacional y colonial.

Kluckhohn señala que los conocimientos de los antropólogos acerca de los pueblos "primitivos" fueron aprovechados por los colonizadores de Inglaterra, Portugal, Holanda, Francia. Los funcionarios coloniales que se destinaban a las Indias Orientales (Indonesia) recibían en Holanda cursos especiales de ciencias antropológicas. En Francia, se enseñaba antropología en la Escuela de Ciencias Coloniales. En Inglaterra, la antropología se convirtió casi en un sistema "científico" de opresión colonial. Los antropólogos trabajaban tanto en el departamento para los asuntos de los aborígenes, en Londres, como en la administración colonial, especialmente en las colonias africanas y en la India. Los colonizadores ingleses usaban ampliamente para sus fines las enseñanzas de la escuela funcionalista en antropología, cuyo fundador fue B. Malinovski.⁸

Por su parte, Malinovski no estimaba que la misión del antropólogo fuera esclarecer la historia, el origen de unas u otras instituciones "primitivas", sino demostrar la importancia de las mismas en la sociedad contemporánea con el objetivo de ayudar a las autoridades coloniales y a los empresarios europeos sobre cómo debían tratar a los pueblos subyugados, para lograr sus fines con más comodidad.⁹

Algunos antropólogos ingleses se sentían muy orgullosos de

⁷ Véase de C. Kluckhohn: ob. cit., p. 20.

⁸ *Idem*, p. 182-86.

⁹ Véase la recopilación *La etnografía anglonorteamericana al servicio del imperialismo*, cit., p. 53.

participar en la opresión colonial. Por ejemplo, el bien conocido S. F. Nagel, quien realizó indagaciones antropológicas en Nigeria y Sudán, por encargo del departamento colonial inglés, y ocupó durante la Segunda Guerra Mundial el cargo de secretario para los Asuntos de los Aborígenes en la administración militar británica de Eritrea, escribía en uno de sus trabajos de 1942:

Se asevera que la antropología moderna ha de prestar una gran ayuda a las autoridades coloniales, proporcionándoles conocimientos sobre la estructura social de los grupos aborígenes, sobre cuya base deberá crearse una administración aborígen sana y armoniosa, tal como lo estipula el sistema de la administración indirecta. Permítaseme decir que me encuentro entre quienes están firmemente persuadidos de la posibilidad de tal colaboración entre los antropólogos y los funcionarios (coloniales).¹⁰

Los antropólogos ingleses ocuparon puestos responsables en el Foreign Office, en el Almirantazgo, en el Servicio de Información, en el Servicio para el Estudio de los Aspectos Sociales de la Guerra, así como en los frentes de la guerra. Los antropólogos fueron empleados vastamente en el Medio Oriente. Era antropólogo el administrador del Sudán Angloegipcio, quien respondía por el establecimiento de contactos con los "aborígenes" de Kenya y Abisinia. La antropóloga W. G. Bawer cobró fama como la "Lawrence de la Segunda Guerra Mundial": llegó a ganarse la confianza de la tribu zemi, que habita en el territorio situado entre Asam y Birmania, y a sublevarla contra los japoneses.¹¹

Con igual franqueza escribía J. S. Holden, antropólogo inglés, quien, en un artículo publicado en 1956 por la revista *Journal of the Royal Anthropological Institute*, declaraba que la antropología cultural moderna es un producto derivado del colonialismo; que la constituyen trabajos que pertenecen casi exclusivamente a personas de origen europeo acerca de la conducta de los miembros de otros grupos culturales sobre los cuales pre-

¹⁰ Véase de J. Foris: "Pax Britanica and the Sudan: S.F. Nagel", *Total Asad* (ed). *Anthropology and the Colonial encounter*, London, 1974, p. 155. En este libro figuran otros hechos que testimonian que los colonizadores británicos utilizaban a los antropólogos y sus investigaciones para oprimir y explotar a los pueblos aborígenes.

¹¹ C. Kluckhohn: ob. cit., p. 187.

dominaron, debido, fundamentalmente, a la mayor eficacia de sus armas.¹²

Los medios gobernantes de los Estados Unidos también aprovecharon esta ciencia para sus fines. Los antropólogos trabajaban en el Buró para los Asuntos de los Indios, adjunto al Departamento de Asuntos Interiores de los Estados Unidos, y en el Comité para el Estudio de las Demandas de los Indios. Los antropólogos participaron en la administración colonial de los denominados "territorios bajo tutela" de los Estados Unidos en la zona del Pacífico, incluyéndose en sus obligaciones: 1) hacer recomendaciones a la administración en la realización de sus iniciativas y en la solución de los problemas que surjan debido a ello; 2) evaluar el éxito y la eficacia de esas iniciativas; 3) determinar los problemas de estudio que representen interés teórico para los antropólogos y tengan importancia práctica para la administración colonial.¹³

Ya antes de la Primera Guerra Mundial se comenzó a enseñar antropología en la Escuela de Posgraduados para los Asuntos Administrativos, adjunta a la Universidad de Harvard. Se suponía que pertrecharía a los futuros capitanes de la industria con medios capaces de evitar los conflictos clasistas y de organizar las "relaciones humanas" entre los capitalistas y los obreros. Con este fin, en 1914 se organizó la Sociedad de Etnografía Aplicada, que comenzó a publicar la revista *Applied Anthropology*.

Los antropólogos dan clases en el Instituto de Servicios Exteriores del Departamento de Estado y en otros centros de estudios especializados que gradúan a especialistas para trabajar en el extranjero. Los lazos entre los antropólogos y el *establishment* se estrecharon especialmente en los años de la Segunda Guerra Mundial.

En la primera página del voluminoso manual de R. L. Beals y H. Hoijer *Introducción a la antropología* (la primera edición apareció en 1953 y se reeditó reiteradas veces), los autores comunican con orgullo que durante la Segunda Guerra Mundial casi en todas las batallas se recurrió a los antropólogos y se usaron los datos que ellos proporcionaban. Desde 1942, los antropólogos participaron en la preparación de las fuerzas navales de ocupación. Poco después, en los *colleges* de universidades norteamericanas los antropólogos que conocían las lenguas y las cos-

¹² Véase *Current Anthropology*, 1968, vol. 9, n. 5, p. 398.

¹³ G. McGregor: "Anthropology in government: United States", *Yearbook of Anthropology*, Nueva York, 1955, p. 421-32.

tumbres de Asia, Africa y el sur del Pacífico, desempeñaron un papel rector en la capacitación especializada de unidades militares especiales que participaron en las operaciones militares en diferentes frentes. Al mismo tiempo, los antropólogos que trabajaban en distintos "lugares perdidos" de la Tierra, hicieron un enorme aporte a la actividad del Servicio de Información Militar, a la Oficina de Servicios Estratégicos, al Consejo de la Guerra Económica, a los servicios de inteligencia del Ejército y de la Marina, así como a otros servicios gubernamentales.¹⁴

En los Estados Unidos, a los antropólogos se los empleó, además, como consejeros sobre problemas tales como el estado moral del Ejército norteamericano, las relaciones raciales en la industria, la guerra psicológica, la propaganda política. Los antropólogos consejeros del Pentágono, entre paréntesis, al terminar la Segunda Guerra Mundial, objetaron categóricamente la abolición del poder imperial en Japón; afirmaron que su conservación y subordinación a las tropas de ocupación permitirían a las últimas cumplir con mayor éxito sus tareas.¹⁵

Ya hemos dicho que la "explosión antropológica de posguerra" en los Estados Unidos obedece, principalmente, al creciente aprovechamiento de los antropólogos por los servicios gubernamentales, a saber: el Pentágono, la CIA y el Departamento de Estado, que remuneran generosamente sus servicios profesionales, aparte de las fuertes sumas destinadas por las "fundaciones" Rockefeller, Ford y muchas otras, para financiar los estudios antropológicos en todos los rincones de la Tierra, sin exceptuar a los propios Estados Unidos.¹⁶ Sin dicha financiación, no hubiera visto la luz la mayoría de las investigaciones antropológicas, ni tampoco aparecerían las revistas antropológicas, incluida *Current Anthropology*, que se edita gracias a la generosidad de la fundación Wenner Gren. Es dudoso suponer que estas fundaciones gasten su dinero con tanta largueza para las

¹⁴ Véase de R.L. Beals, H. Hoijer: *Introducción a la antropología*, México, 1960, p. 3. Por cierto, los antropólogos fueron empleados para el espionaje también en la Primera Guerra Mundial (véase de F. oBas: "Scientists as spies". *The Nation*, 919, n. 109, p. 797).

¹⁵ C. Kluckhohn: ob. cit., p. 188-90.

¹⁶ Después de la Segunda Guerra Mundial, los grandes monopolios comenzaron a emplear a los antropólogos para estudiar los conflictos sociales. La "antropología industrial", resultado de ello, trata —según especifica Kluckhohn— de aplicar a la sociedad capitalista el método y la metodología elaborados de las condiciones de campo en las colonias y aprovechados en lo pasado por la administración colonial (véase de C. Kluckhohn: ob. cit., p. 205, 206).

indagaciones antropológicas, si éstas no reportan una utilidad determinada y altamente concreta a las clases gobernantes de los Estados Unidos.

Es notorio que los nazis alemanes y los fascistas italianos también utilizaran activamente a los antropólogos para fundamentar "científicamente" sus monstruosas invenciones racistas.

Ante estos hechos, el conocido ideólogo de la antropología norteamericana M. J. Herskovits se lamentaba: "¡Qué se le va a hacer; la antropología no es la única ciencia que han aprovechado las clases gobernantes para oprimir a los pueblos!" Los antropólogos honrados, a su juicio, siempre han protestado contra tal utilización de su ciencia.¹⁷ Mas esto no cambia el hecho de que los datos concretos de la ciencia antropológica, así como los servicios de muchos antropólogos, fueran usados por los colonizadores y por los magnates capitalistas para sus intereses de clase. Estos hechos, justamente, dieron lugar a la crisis actual de la antropología occidental.

No por casualidad, a medida que surgían los Estados independientes en el "tercer mundo" y se incrementaba el movimiento de liberación nacional, crecía la autocritica de los antropólogos.

En el ya mencionado artículo de Lévi-Strauss, publicado por *El Correo de la Unesco* en 1961, el autor señalaba que la opinión pública del "tercer mundo" adopta hacia los antropólogos occidentales una actitud hostil por motivos psicológicos y éticos.¹⁸

Lévi-Strauss afirmaba que si la antropología deseaba sobrevivir en las condiciones de colisión con el "tercer mundo", "debía modificar su propia esencia y reconocer que, por consideraciones lógicas y morales, le es imposible enfocar las sociedades liberadas del coloniaje sólo como *objetos de estudio*". "Hoy", continúa el autor, "esas sociedades se han convertido en *sujetos colectivos*, que exigen derechos para efectuar los cambios sociales y políticos que son imprescindibles para su desarrollo".¹⁹

Las mismas cuestiones fueron abordadas con más detalles en el artículo del antropólogo belga J. J. Maquet, publicado por *Current Anthropology* en 1964.

Según Maquet, hasta la Primera Guerra Mundial, los etnólogos afirmaban que entre los "salvajes" había costumbres extrañas, por no decir repelentes, pues vivían en el mundo preló-

¹⁷ M.J. Herskovits: ob. cit., p. 709-10.

¹⁸ Véase *El Correo de la Unesco*, 1961, n. 11.

¹⁹ *Ibidem*.

gico de absurdas supervivencias; su absurda conducta, supeditada a los impulsos instintivos, la explicaban como supuesta inferioridad racial. La expansión colonial requería una determinada idea acerca de los pueblos carentes de escritura, idea que fuera aceptable para la opinión pública occidental. La etnología sostenía las mismas ideas a un nivel más refinado.²⁰

En el período entre las dos guerras mundiales, los colonizadores, que predominaban en África, procuraban fortalecer su poder apoyándose en las capas feudales y tribal-gentilicias locales. Para eso contaban con los consejos de los antropólogos. En sus investigaciones sobre aculturación, los antropólogos demostraban el daño de la influencia occidental sobre la sociedad y la cultura de África. Al pronunciarse por la conservación de las tradicionales instituciones aborígenes, los antropólogos apoyaban el colonialismo, pues, como señala Maquet, la fuerza conservadora de la tradición que defendían, implicaba un peligro menor para el dominio colonial que las fuerzas progresistas originadas por el desarrollo industrial.²¹

Maquet opina que, en el período colonial, la mayoría de las investigaciones antropológicas revestía —con frecuencia involuntaria e inconscientemente— un carácter “conservador”.

Las formulaciones críticas de Maquet tuvieron gran resonancia entre los antropólogos. Lévi-Strauss, apóstol del estructuralismo, reconocía —en un artículo publicado por *Current Anthropology* en 1968— que la antropología social se desarrollaba ligada al proceso histórico, una de cuyas particularidades era la subordinación de la mayoría de la humanidad a su minoría, y durante el cual millones de seres humanos inocentes eran sometidos al exterminio, el saqueo, la esclavización y las enfermedades, sin poder defenderse, al tiempo que sus instituciones y creencias eran aniquiladas. La antropología occidental es consecuencia de esta era de violencia.²²

La antropología, afirmaba a su vez Lévi-Strauss, es la ciencia de las culturas, vistas “desde fuera”, y primera misión de los pueblos en los cuales despierta la conciencia de su existencia independiente, y su singularidad es exigir para sí el derecho de observar sus propias culturas “desde dentro”. Entonces la antro-

²⁰ J.J. Maquet: “Objectivity in Anthropology”, *Current Anthropology*, 1964, vol. 5, n. 1, p. 50.

²¹ *Idem*, p. 49.

²² Véase de C. Lévi-Strauss: “Anthropology. Its achievements and future”, *Current Anthropology*, 1968, vol. 9, n. 7, p. 126.

pología perdería sus rasgos específicos y se convertiría en algo similar a la arqueología, la historia y la filología.

A los pueblos de los países en desarrollo, y en particular a su intelectualidad; a los pueblos que durante decenios figuraron en los registros de los antropólogos como “primitivos”, “atrasados”, “bárbaros”, no les agrada en lo más mínimo que se los estudie “desde fuera”, tal como el naturalista estudia los insectos. El científico boliviano C. Alba habla con indignación del sentimiento de superioridad —propio de sus colegas norteamericanos— frente a sus objetos de estudio. Propone que a tales científicos no se los llame etnógrafos, sino “entomógrafos”.²³

La antropóloga K. Gough, en el artículo “Nuevas proposiciones para los antropólogos”, publicado igualmente por *Current Anthropology* en 1968, declaraba enfáticamente que la antropología es hechura del imperialismo occidental. Sus raíces, plantea, están en la concepción humanística del mundo que viene de la época de la Ilustración; pero como disciplina universitaria y ciencia moderna con sus propias tareas sólo aparece a fines del siglo XIX y comienzos del XX, cuando los países occidentales daban el último salto para someter al mundo no occidental pre-industrial a su control político y económico.²⁴

Los colonizadores iban entonces acompañados de misioneros y antropólogos. Tanto unos como otros, gozaban del favor de los primeros. Tanto unos como otros, carecían de preocupaciones mientras las grandes potencias conservaban sus posiciones en las colonias. Hoy, la situación ha cambiado radicalmente, y los antropólogos comienzan a enfrentar dificultades, señala Gough. Por una parte, el “tercer mundo” está sublevado contra los Estados Unidos por ser la potencia occidental más fuerte y más contrarrevolucionaria. La guerra de Vietnam agudizó al máximo, sin duda alguna, el sentimiento de indignación contra los imperialistas. Por otra parte, añade, los antropólogos están sometidos, cada vez en mayor grado, tanto a las restricciones y al control político, como a las diferentes tentaciones del gobierno norteamericano y de sus agencias. Cabe preguntar, continúa la autora: ¿Qué debe hacer el antropólogo dependiente de un gobierno contrarrevolucionario en un mundo cada vez más revolucionario? El problema se hizo más complicado aun cuando aparecieron en la arena los estudiantes —el cuarto sector y el más vo-

²³ *Current Anthropology*, 1973, vol. 14, n. 5, p. 291.

²⁴ K. Gough: “New proposal for anthropologists”, *Current Anthropology*, 1968, vol. 9, n. 5, p. 403.

cinglero—, quienes en lo pasado se “nutrían” pacíficamente de conocimientos; pero ahora, al atravesar su propio estado de crisis, hacen desagradables preguntas acerca de la ética, la coparticipación y los objetivos finales de la ciencia antropológica.²⁵

Gough indica que la mayoría de los estudios de posguerra pertenecientes a antropólogos norteamericanos arranca de orientaciones y teorías erróneas o dudosas, y es acogida con creciente censura por los estudiosos de los países en desarrollo. En esos trabajos se asevera, entre otras cosas, que el atraso económico obedece al sistema de valores vigente entre la población aborigen y a sus peculiaridades psicológicas; que sería de desear que se evitasen los rápidos cambios “destructores”; que el antropólogo no puede adoptar una posición axiológica contraria a la política oficial de su país; que la causalidad (de la miseria, del atraso, etc.) siempre es multifacética; que la comunidad local es la unidad conveniente para llevar adelante los programas de desarrollo; que el proceso principal del desarrollo se opera a través de la “difusión” desde el centro industrial; que la revolución no sería la única vía práctica hacia el bienestar económico.²⁶

D. J. Jones, antropólogo también norteamericano, destaca que, si bien a su juicio la mayoría de los antropólogos no es enemiga del comunismo y sustenta criterios liberales, no puede menosarse el hecho de que los resultados de sus indagaciones se aprovechen para oprimir a determinados grupos sociales. A juzgar por todo, añade, en esto residía el papel tradicional del antropólogo.²⁷

Dos años y medio más tarde, estos problemas fueron nuevamente objeto de discusión en el artículo de D. Lewis “Antropología y colonialismo”.²⁸ Los síntomas de crisis en la ciencia antropológica, escribe el autor, se manifiestan, tanto en el trabajo de campo, como en el aula universitaria. Crece la alienación entre los antropólogos y los pueblos no blancos, a cuyo estudio se dedicaban por tradición. Al investigador de campo, pongamos por caso, se le puede negar el permiso de entrada en el país objeto de su estudio, o puede chocar con la actitud hostil de la intelectualidad de dicho país. Con frecuencia tropieza con la resistencia de los grupos que se proponía estudiar. La actitud benévola que le dis-

²⁵ *Idem*, p. 405.

²⁶ *Idem*, p. 406.

²⁷ Véase de D.J. Jones: “Social responsibility and the belief in basic research; an example from Thailand”, *Current Anthropology*, 1971, vol. 12, n. 3, p. 349.

²⁸ D. Lewis: “Anthropology and colonialism”, *Current Anthropology*, 1973, vol. 14, n. 5, p. 571-91.

pensaron antes, se troca en franca desconfianza y sospecha. Y cuando regresa a su país para escribir o dictar conferencias sobre el pueblo que estudió, los representantes del mismo objetan cada vez con mayor frecuencia la autenticidad de los resultados de su investigación.

El síndrome tradicional del antropólogo, cristalizado en virtud de que desempeñaba el papel de colonizador, de observador *outsider* y "objetivo", corresponde a una época que pasó a la historia, escribe D. Lewis. El colonialismo occidental, basado en la "superioridad blanca", está ahora bajo los golpes de las guerras liberadoras revolucionarias y de la mentalidad revolucionaria. En las actuales condiciones, los pueblos de Asia, Africa y la América Latina, así como las minorías étnicas de la América del Norte, ponen constantemente en tela de juicio la honradez del antropólogo, lo obligan a evaluarse a sí mismo con sentido crítico y a reconsiderar las orientaciones que hasta no hace mucho tiempo consideraba inmutables.

A las contrariedades que le vienen al antropólogo "desde afuera", se suman "las de adentro". A partir de 1960, en los Estados Unidos se subraya marcadamente la incapacidad de los antropólogos para justipreciar el carácter y la significación de los cambios revolucionarios que se operan en el "tercer mundo", y extraer de ello las correspondientes enseñanzas para su ciencia.

Esa "miopía" se debe, dice D. Lewis, a que en lo pasado el colonialismo imponía las relaciones entre los antropólogos y los pueblos no occidentales. Las investigaciones de campo eran uno de los muchos privilegios de que gozaban los antropólogos, en concepto de miembros del grupo dominante. Realizaban el trabajo en interés de los colonizadores.

D. Lewis considera que, aunque la mayoría de los antropólogos no simpatizaba con el sistema colonial, objetivamente le hacía el juego con sus trabajos. En este caso, se manifiesta la estrechez ideológica, la deficiencia teórica y la falla metodológica de sus orientaciones.²⁹

El defecto principal de sus trabajos, del cual derivan todos los demás, es la ausencia del enfoque clasista en el estudio de los fenómenos sociales, lo cual les impidió comprender la verdadera naturaleza del colonialismo y el imperialismo, así como que están condenados por la historia. De aquí el que sea inherente a los antropólogos el menosprecio del marxismo, cuyas orientaciones

²⁹ *Idem*, p. 291.

metodológicas les darían la clave para desentrañar las fuerzas motrices del proceso histórico, y les permitirían comprender las regularidades de los fenómenos sociales.

Cuando el antropólogo ligaba la idealización de la cultura denominada “primitiva” con el concepto del determinismo cultural, señala D. Lewis, adoptaba hacia el pueblo que estudiaba una actitud paternalista e hipócrita. El antropólogo rechaza para su propia cultura los rasgos típicos de la vida primitiva, que él mismo romantiza y trata de eternizar en otros pueblos. Describe con entusiasmo la vida altamente integrada de los “primitivos”, la ausencia de *stress* con una limitada libertad de elección; pero para sí mismo defiende el derecho a tomar decisiones personales y a poder optar.

Los antropólogos, concluye el autor, crearon un concepto de la “cultura” que, en su uso analítico y teórico, aparece como un peligroso reflejo del racismo colonial. Tanto el antropólogo, como el colonizador, encuentran en la “singularidad” cultural de los hombres una justificación para perpetuar el estado de cosas vigentes. La significación que comunican los antropólogos al concepto de “cultura” quizá ayude a comprender por qué aceptaban con tan poca crítica el sistema colonial, dentro del cual actuaban.

Creemos que D. Lewis desplazó el acento al afirmar que el actual estado de crisis de la antropología social es el efecto de sus vínculos anteriores con los colonizadores, y de la desconfianza —originada por esa circunstancia— con que las autoridades y la opinión pública de los países en desarrollo acogen a los representantes de esta ciencia. O sea: los antropólogos de hoy están pagando los viejos pecados. Por muchos pecados que hayan tenido en lo pasado las escuelas tradicionales de antropología social, difícilmente la opinión pública de los países del “tercer mundo” y los movimientos democráticos de los indios, negros, chicanos y puertorriqueños en los Estados Unidos, tendrían hacia ella una actitud de tanta desconfianza, e incluso de hostilidad, si no fuera por sus actuales vínculos con los intereses del *establishment* y el imperialismo.

El antropólogo norteamericano J. G. Jorgensen dice al respecto que, aunque las instituciones gubernamentales, en particular el Departamento de Defensa de los Estados Unidos, eran escépticas en cuanto a la importancia de las ciencias sociales, crecen constantemente sus pedidos de estudios sociales: exigen información con fines políticos para resolver las complicaciones corrientes o prever lo futuro y prepararse con antelación. Los funcionarios



norteamericanos en los países extranjeros, añade, a veces exigen que los antropólogos les procuren la información que ellos mismos no pueden obtener. El Departamento de Justicia, el FBI, la policía local y otros organismos de seguridad semejantes, pueden exigir a los antropólogos sociales y a los etnólogos una información que puede usarse con fines contrarios a los del investigador.³⁰

Los antropólogos deben estar preparados para que tal información se les exija en creciente volumen. El autor previene que, para obtenerla, el antropólogo deberá ampliar el uso de instrumentos especiales, tales como micrófonos escondidos o dirigidos, minigrabadoras, cámaras fotográficas infrarrojas, y otros dispositivos empleados con fines de espionaje, que los servicios gubernamentales suministrarán gratis o con grandes descuentos, y cuyo uso le planteará serios problemas de orden moral. Es más, el autor no descarta que en un futuro próximo el antropólogo usará espejos invisibles, aplicará la hipnosis, drogas que controlan la conducta del hombre, cuestionarios cifrados y otros medios delincuentes a fin de obtener información. Las computadoras también pueden emplearse para objetivos delincuentes.³¹

No todos los científicos, por supuesto, critican el colonialismo ni exigen apoyar el movimiento liberador y romper el cordón umbilical que ata a los antropólogos con el *establishment*. El ya mencionado R. L. Beals, en su trabajo *La política de los estudios sociales: un examen de la eficiencia y las responsabilidades de la ciencia social*, por ejemplo, dice que es digna de que entre los estudiosos norteamericanos haya un grupo "pequeño, pero ruidoso", de adversarios de la política gubernamental, que ponga en duda todas las motivaciones de las autoridades. Algunos incluso estiman que el gobierno es delincuente. Niegan la posibilidad de que el gobierno o su política puedan, en lo futuro, gozar del apoyo de la mayoría de la población o que sobre ellos pueda ejercer influencia positiva la opinión pública. Algunos incluso dudan en sí deben publicar los resultados de sus indagaciones que, tanto su propio gobierno, como cualquier otro, podría aprovechar con fines amorales. Esos "nihilistas" están dispuestos a consumir una cantidad ilimitada de fondos gubernamentales para las investigaciones, pero se niegan a colaborar con el gobierno.³²

³⁰ Véase de J.G. Jorgensen: "On ethics and anthropology", *Current Anthropology*, 1971, vol. 12, n. 3, p. 326.

³¹ *Idem*, p. 326-27.

³² R.L. Beals: *Politics of social research: an inquiry into the effectiveness and responsibilities of social science*, Chicago, 1969, p. 151.

El argumento principal de Beals es el siguiente: la renuncia de los científicos a colaborar con el gobierno hará venir a menos la ciencia e impedirá, presuntamente, el logro del objetivo central de las investigaciones científicas; es decir, la acumulación de conocimientos para su útil empleo final.

¿Pero qué hay detrás de estas frases archisabidas? ¿Cuál es el quid de la discusión entre los partidarios y los enemigos de la colaboración con el *establishment*? Sería realmente absurdo exigir a los antropólogos en el siglo xx que se encierren en cierta “torre de marfil” y renuncien a colaborar con cualquier gobierno, a partir de la comprensión anárquica o “nihilista” de su esencia como materialización del “mal absoluto”. Entre un gobierno y otro hay diferencias. Nadie negará cuán plausible e incluso necesaria es la colaboración de los antropólogos extranjeros y de los científicos de los países del “tercer mundo” con los gobiernos de estos países, a excepción de los regímenes racistas o “gorilas” del tipo de Sudáfrica o del Chile de Pinochet. En la mayoría de los países del “tercer mundo”, no surge el problema de la “incompatibilidad” de los objetivos y las tareas de los antropólogos que estén situados, por supuesto, en las posiciones del anticolonialismo de los gobiernos locales. Este problema tampoco surge en la Unión Soviética ni en otros países de la comunidad socialista, en los cuales la etnografía aboga por el principio de la igualdad de derechos, la amistad y la ayuda mutua de los pueblos, cualquiera que sea el número de su población y el color de la piel.

Por otra parte, en los Estados Unidos surge con particular agudeza el problema de la “compatibilidad” de intereses de los antropólogos y la política del gobierno; pero para ello hay motivos absolutamente concretos, que deben buscarse en la política interna y externa de los medios gobernantes de este país. En cuanto a la política interna, basta con mencionar la situación “explosiva” que reina entre grupos de la población norteamericana (como negros, indios, chicanos y puertorriqueños), objeto tradicional de estudio de los antropólogos yanquis. ¿Qué ha proporcionado a estos grupos, hasta la fecha, la colaboración de los antropólogos con el gobierno? En total, nada positivo. Si estos grupos tienen hoy algunos derechos más que antes, no es mérito de los antropólogos, sino de los movimientos democráticos, progresistas y revolucionarios, que representan los intereses de estos grupos y luchan por ellos. No debe sorprender que entre los antropólogos honrados estos hechos provoquen protestas y los lleven a la oposición activa contra el *establishment*, al que —con todo funda-

mento— atribuyen la responsabilidad de la penosa situación de sus tutelados. Pasemos a los problemas de la política exterior. El hecho de que el Pentágono, la CIA y el Departamento de Estado, emplearan a los antropólogos en la prolongada guerra agresiva contra el pueblo vietnamita y con el fin de aplastar los movimientos de liberación nacional en los países del “tercer mundo”, provocó la protesta y la indignación, tanto en su propio medio, como en el de los países que fueron víctimas de las acciones agresivas del imperialismo norteamericano. Son notorias las tentativas del Pentágono y de la CIA para aprovechar los conocimientos de los antropólogos y sociólogos en la lucha contra el movimiento guerrillero. Para acabar con un solo guerrillero, hay que movilizar contra él a diez soldados, afirmaban antes los expertos del Pentágono; ahora consideran que los antropólogos pueden salir más airosos de esta empresa que los soldados, pues los científicos sugerirán los medios “pacíficos”, y por ello más eficaces y baratos, para engañar a la masa campesina aborígena atrasada, con cuyo apoyo cuentan los guerrilleros. Los antropólogos norteamericanos fueron incorporados al cumplimiento del Proyecto Agil, amplio examen antiguerrillero que se practicó activamente en Bolivia, Tailandia y otros países.³³ Por encomienda del Pentágono y de la CIA, participaron en la creación de los escandalosos proyectos “sociológicos” Camelot, Simpático y otros por el estilo, cuya finalidad era elaborar medidas más eficientes para combatir el movimiento de liberación nacional. ¿Acaso no servían al mismo fin las enrevesadas teorías antropológicas “ultra-nuevas”, tales como la “cultura de la pobreza” de Oscar Lewis, que transfería la responsabilidad de la miseria de las bajas capas sociales a ellas mismas, para eximir al poder de los magnates de esa responsabilidad? Aquí, ni por asomo hay ciencia objetiva; ni siquiera ciencia. El antropólogo que utiliza sus conocimientos para sojuzgar a los pueblos, se asemeja al médico que participaba en los experimentos criminales en los campos de concentración nazis, o que da consejos a la policía secreta sobre cómo torturar “de un modo científico” a la víctima durante el interrogatorio.

Lo dicho confirma la tesis marxista acerca del carácter partidista de las ciencias sociales; entre ellas, la antropología social. No existen ciencias sociales sin partido o suprapartidistas. Cualquier sistema social, teoría, esquema, modelo o fórmula, reviste

³³ Véase *Current Anthropology*, 1968, vol. 5, n. 5, p. 427, *idem*, 1973, vol. 14, n. 5, p. 567-68.

objetivamente carácter social, sirve a determinados intereses de clase, independientemente del deseo subjetivo de su autor o ejecutor. Mientras la antropología era el *hobby* de acaudalados *gentlemen*, y la distracción de unos pocos, podía parecer que estaba al servicio de la verdad científica, y sólo de ella. Mas, a medida que la antropología se convertía en una rama "reconocida" de las ciencias sociales, su contenido social se manifestaba cada vez con mayor precisión. En modo alguno consideramos que todos los antropólogos no marxistas sean reaccionarios o servidores del imperialismo. Es más, estimamos que estos últimos son la minoría entre los antropólogos norteamericanos. Lo testimonian, entre otras cosas, los artículos de *Current Anthropology* que comentamos. La mayoría de los miembros de la Asociación Americana de Antropólogos censuró en su momento la guerra vietnamita: muchos antropólogos condenaron los proyectos del tipo Camelot y rechazaron la "cultura de la pobreza" de Oscar Lewis.³⁴

Peró, justamente, la existencia en la antropología de estas tendencias y corrientes que se excluyen mutuamente, confirma la tesis sobre el carácter clasista de esta ciencia.

D. Lewis opina que, para convertir la antropología en una "ciencia útil", es preciso modificar radicalmente sus orientaciones sociales, su metodología y sus objetivos. Los antropólogos deben tomar en consideración la opinión y los intereses de los grupos y pueblos que estudian. Deben aceptar la realidad en su pluralidad de planos. El concepto del saber únicamente justo y objetivo debe ceder lugar al saber "de perspectiva", que no pretenda conocer el todo y enfoque la realidad desde una posición especial, "existencialista", adoptada por el observador. Nos parece que tanto esta como otras formulaciones del autor, referentes a las nuevas bases metodológicas de la antropología, no están del todo claras y requieren una mayor elaboración y puntualización.

El autor formula su idea con más claridad al promover la creación de una "antropología activista". D. Lewis declara que si la antropología quiere corresponder a los intereses y las necesidades reales de los pueblos estudiados por ella, y no a los intereses profesionales de esta disciplina y de sus representantes, debe convertirse, en un determinado nivel, en ciencia *francamente* ac-

³⁴ Véase de J.L. Horovitz (ed.): *The rise and fall of Project Camelot: studies in relationship between social sciences and practical politics*, Cambridge, 1967; C. Valentine: *Culture and poverty. Critique and counter proposals*, Chicago, 1968; E. Leacock (ed.), *The "culture of poverty"*, Nueva York, 1971; "Anthropology and world affairs as seen by USA associates" *Current Anthropology*, 1964, vol. 5, n. 5.

tivista y empeñada, que proporcione científicos sociales, partidarios de los cambios radicales.³⁵

El autor ruega no confundir la antropología "activista" con la tradicional antropología aplicada, cuyos adeptos son conocidos en los países del "tercer mundo" como los defensores más declarados de los sistemas colonial y neocolonial.³⁶

D. Lewis propone utilizar la experiencia positiva de los antropólogos europeos que trabajan con los materiales de sus propios países, y la de los representantes de la antropología "aborigen", o sea, de los antropólogos de los países del "tercer mundo". Tanto unos como otros, actúan más "independientemente" de los intereses explotadores, y por eso tienen mayor interés por aportar una utilidad real a sus pueblos.

Los razonamientos de D. Lewis recuerdan el llamamiento lanzado hace más de veinte años por S. Tax para crear la "antropología de la acción" (*action anthropology*), que no encontró mayor apoyo.³⁷

El artículo de D. Lewis se envió a cincuenta antropólogos, para solicitarles su opinión. Respondieron diecinueve científicos de nueve países, y sus contestaciones fueron publicadas en *Current Anthropology*. Casi todos se solidarizaron con las tesis básicas del artículo en cuestión, hicieron sugerencias y añadidos. C. Alba (Bolivia), por ejemplo, comparte la idea de D. Lewis de que el antropólogo debe necesariamente ser partidario de los cambios radicales. Pero esto implica que el investigador debe poseer una determinada ideología. Si es partidario de los cambios, debe explicar el contenido y carácter de los mismos. K. Bertnold (Canadá) considera, a su vez, que la antropología crítica debe basarse en la teoría radical. K. J. Okoye (Nigeria) apoya casi cada frase del artículo de D. Lewis. M. Ovsu (Estados Unidos) recuerda el vínculo simbiótico existente entre el mundo científico occidental y el dominio de Occidente sobre los pueblos no occidentales.

En el mismo número de *Current Anthropology* se insertó el artículo de D. Wyllner, titulado "Antropología: ¿vocación o mer-

³⁵ *Current Anthropology*, 1973, vol. 14, n. 5, p. 589.

³⁶ Este punto de vista coincide con la opinión del antropólogo J. Moore, también norteamericano, quien en 1971 propuso la idea de crear una antropología "guerrillera" (J. Moore: "Perspective for a partisan anthropology", *Liberation*, 1971, n. 16, p. 34-43).

³⁷ Véase la opinión soviética sobre la intervención de S. Tax en: Y.P. Avérkíeva: "Significación funcional de la etnografía en EE.UU.", *Véstnik istorii mirovoi kulturi*, 1959, n. 4, p. 72-3 (en ruso).

cancia?"³⁸ Al igual que a D. Lewis, a este autor le preocupa el estado de crisis en la antropología social norteamericana, y propone dividir la antropología en ciencia "por vocación", o sea, independiente de los patronos, y en ciencia-mercancía, por la cual pagan y está al servicio de los intereses del *establishment*. Aunque creemos que esta división es difícil de lograr, no podemos menos que aplaudir el sincero deseo de D. Wyllner de renunciar a que la antropología se someta a los intereses de las clases dominantes.

¿Cuáles son las conclusiones? ¿Qué testimonian las citadas opiniones de los antropólogos norteamericanos? En primer término, evidencian la bancarrota de las viejas orientaciones ideológicas de esta ciencia, que, por regla general, convertían a sus representantes en servidores de los intereses internos y externos de los grupos dominantes de las grandes potencias imperialistas.

Los representantes de la antropología oficial estadounidense no escatiman declaraciones grandilocuentes acerca de la utilidad de esta ciencia para la humanidad contemporánea. Kluckhohn, por ejemplo, quien —dicho sea de paso— actúa también en el campo de la soviología (fue director del Centro de Estudios Rusos adjuntos a la Universidad de Harvard), escribía que la antropología da base científica para el estudio de un importante problema que se plantea ante el mundo contemporáneo: ¿de qué modo los pueblos disímiles, que hablan en lenguas incomprensibles para unos y otros y que se atienen a diferentes modos de vida, pueden vivir en paz?³⁹

Pero la antropología social burguesa, en virtud de su vinculación a los intereses de los grupos dominantes, no puede ofrecer a los hombres más de lo que dispone. Fue Kluckhohn quien confesó en las últimas páginas de su obra que la eficacia de tal antropología es muy limitada; que existe un abismo entre su programa y sus resultados; que la fuerza principal de la antropología consiste más bien en formular correctamente algunas preguntas que en darles respuestas correctas.⁴⁰

No debe sorprender que tanto los medios progresistas en los Estados Unidos, como los pueblos del "tercer mundo" que han emprendido el camino de la independencia, rechacen las orientaciones ideológicas de las escuelas antropológicas norteamericanas

³⁸ D. Wyllner: "Anthropology: vocation or commodity?", *Current Anthropology*, 1973, vol. 14, n. 5, 547-55.

³⁹ Véase de C. Kluckhohn: ob. cit., p. 11.

⁴⁰ *Idem*, p. 281.

tradicionales, y estimen que esas orientaciones no son válidas para las necesidades de los jóvenes estados, liberados del colonialismo. A estas circunstancias se debe la actual crisis de la antropología social.

Es evidente, asimismo, que el estado de crisis ocasionó una aguda lucha ideológica en el medio de los antropólogos sociales, dividiéndolo, de hecho, en dos campos: los servidores del *establishment* y los partidarios de la antropología "comprometida" (activista) que se pronuncian por el reconocimiento de la realidad política del "tercer mundo" y tratan de limpiarse de la vergonzosa mancha de ser cómplices del imperialismo. Si bien los partidarios de la antropología empeñada sólo comienzan a elaborar sus orientaciones ideológicas y metodológicas, y entre ellos existen diferencias sustanciales en la apreciación de los problemas, sustentan, en general, posiciones avanzadas. A nuestro juicio, a ellos precisamente les pertenece la futura antropología social.

La antropología no ha muerto, asevera G. D. Berreman, antropólogo norteamericano. Lo que pasa es que sus sacerdotes tradicionales no desean ser "empeñados". Si ellos tienen éxito, puede perecer. Su ciencia atañe al hombre, y aunque procuran evitar ser incorporados a la lucha, no lo pueden evitar. Ya están comprometidos, quieranlo o no. No se plantea: "¿estaré comprometido?", sino: "¿cómo puedo estar comprometido de modo que ello corresponda a mi humanismo?"⁴¹

En uno de sus artículos escritos en 1968, Lévi-Strauss declaraba que la antropología sobrevivirá en el mundo cambiante si se permite perecer, para renacer con un nuevo rostro.⁴²

¿Cómo debe ser ese "nuevo rostro" de la antropología occidental? ¿Quizá comience a tratar con igual respeto a todas las culturas del mundo y registre el último suspiro del último "primitivo", antes de que lo absorba la civilización occidental, como considera Lévi-Strauss, o se convertirá en una ciencia "comprometida", "activista", como propone D. Lewis, que irá a salvar a ese "primitivo" o a otros "objetos" de su investigación, basándose sólo en sus propias fuerzas, "en sí misma"?

A nuestro juicio, la futura antropología no sólo reside en esto, sino también en la estrecha colaboración de sus representantes en aras del progreso social y científico, de la paz y la amistad

⁴¹ Véase de G.D. Berreman: "Is anthropology alive? Social responsibility in social anthropology", *Current Anthropology*, 1968, vol. 9, n. 5, p. 395.

⁴² *Current Anthropology*, 1968, n. 7, p. 126.

de los pueblos, desde las posiciones de categórico rechazo lo mismo del imperialismo, que del colonialismo, tanto pasados como presentes.